

# Las tres orillas: nadar a contracorriente. África, Europa y América Latina

Félix TERRONES  
& Bénédicte VAUTHIER  
Universität Bern  
Orcid: 0000-0002-2635-4283  
0000-0002-9022-2699

*Resumen:* En estos preliminares hacemos dialogar a la docena de autorxs que nos confiaron sus contribuciones en las que analizan las circulaciones, los flujos, los intercambios de personas y de ideas entre un lado y otro del Atlántico a lo largo del siglo xx, siendo el tercer eje de triangulación de todas ellas, Francia, tierra de ensueño o de acogida, a la que se llega con amor; o África, tierra de origen, de la que hombres y mujeres se vieron arrancados, para convertirse en herramientas del sueño colonial. ¿Cuáles son los eventos y/ o los elementos estructurales de las historias –políticas y estéticas– a los que se tendría que prestar más atención cuando se habla de relaciones transnacionales, transversales, transatlánticas? ¿Cuáles son las categorías conceptuales e historiográficas que permitirían articular mejor estas historias? He aquí algunos de los interrogantes alrededor de los cuales se estructura este número de *Versants* y nuestra lectura del número.

*Palabras clave:* España, América Latina, transatlántico, exilio, migración, circulación, política, estética.

*Abstract:* In these preliminary remarks, we have brought into dialogue the dozen authors who have entrusted us with their contributions. These analyse the circulations, flows and exchanges of people and ideas between one and the other side of the Atlantic over the course of the 20th century. The third axis of triangulation in all of them is France, a land of dreams or a land of welcome, to which one arrives with love; or Africa, a land of origin, from which men and women were uprooted to become tools of the colonial dream. What are the events and/or the structural elements of the histories –political and aesthetic– that need to be given more attention when we speak of transnational, transversal, transatlantic relations? What are the conceptual and historiographical categories that would allow us to better articulate these histories? These are some of questions underlying the structure of the present issue of *Versants* and our reading of it.

*Keywords:* Spain, Latin America, transatlantic, exile, migration, circulation, politics, aesthetics.

Desde el período colonial, los vínculos entre España y América Latina son permanentes, tanto en el aspecto político como en los ámbitos sociales y culturales, por solo mencionar los más evidentes. Tras la emancipación de la metrópoli, las idas y vueltas de un lado a otro del Atlántico no se detuvieron, sino que también se modificaron, enriquecieron, complejizaron... Así, por más paradójico que parezca, la ruptura política de las independencias inauguró un periodo determinante para las circulaciones transatlánticas.



Si bien América Latina se orienta intelectualmente hacia otras latitudes – en particular, Francia– o se convierte en tierra de acogida de exiliadxs o tráfugxs, al mismo tiempo continúa interactuando, aunque de modo crítico y distanciado, con la península ibérica. Más aún en un periodo como el actual, cuando la represión y la precariedad empujan a sus nacionales a un viaje a menudo sin retorno, en lo lingüístico tanto como en lo cultural y lo económico.

Los contactos entre España y América Latina son, pues, una realidad constante. Dicha realidad es manifiesta en el ámbito artístico, desde el modernismo finisecular y las vanguardias poéticas de los años 1920-1930 hasta el posterior éxito internacional del *boom*, etc. Desde luego, también se expresa en el dominio político-social; en particular, las migraciones económicas, los exilios y las diásporas. Así, la realidad de los contactos representa un desafío que es necesario examinar más de cerca, porque estas relaciones dinámicas nunca son ni fueron unidireccionales. En este marco, se analizan las circulaciones de personas y de ideas entre un lado y otro del Atlántico a lo largo del siglo xx, tomando como tercer eje de triangulación Francia, tierra de ensueño o de acogida, a la que se llega con amor; o África, tierra de origen, de la que, en el caso presente, uno, ¡una!, se ve arrancada.

¿En qué medida los flujos de personas, pero también de ideas y competencias promovieron intercambios entre distintos territorios sociales y culturales? ¿Es posible detectar simetrías entre estos flujos, así como también convergencias cuando no ascendientes entre uno y otro? ¿Cuáles son los eventos y/ o los elementos estructurales de las historias –políticas y estéticas– entre los países de las dos orillas a los que se tendría que prestar más atención? ¿Podrían ser de ayuda algunas categorías conceptuales e historiográficas –como el exilio, la modernidad, el (*pos*)boom– para articular mejor estas historias transnacionales, transversales, transatlánticas? He aquí algunos de los interrogantes alrededor de los cuales se estructura este número de *Versants. Revista suiza de literaturas románicas* que reúne los esfuerzos de académicxs, oriundos de una u otra de las dos orillas y que hoy desempeñan su labor docente e investigadora en América Latina (González Muñoz, Amigo Pino), Francia (Eymar, de Ípola), España (Sánchez, Hidalgo Nácher, Fernández Cobo) y Suiza (Terrones, López-Labourdette).

Estamos frente a propuestas que, en su heterogeneidad, manifiestan numerosas concomitancias. Estas no son ni azarosas, ni mera coincidencia; son una ilustración, cuando no una prueba fehaciente del carácter transversal y transnacional que habita las reflexiones de lxs autorxs. Son muchos los hilos –entiéndanse, los nombres, los espacios, los acontecimientos, los temas, las preocupaciones, los enfoques– de los que se puede tirar para dibujar la cartografía del volumen.

Sin haberlo buscado ni programado lxs editorxs, Argentina, seguida de Uruguay, Chile, México y Brasil y, sin pretensión de exhaustividad, algunos de sus respectivos letrados ocupan un lugar destacado en dos, tres, cuatro, a veces cinco contribuciones: Jorge Luis Borges, por supuesto, pero también Julio Cortázar, Ricardo Piglia, José Sazbón, José Faustino Sarmiento y Juan Manuel de Rosas, Ángel Rama, Felisberto Hernández y Juan Carlos Onetti, Roberto Bolaño, José Donoso, Octavio Paz, Haroldo de Campos... Con excepción de la contribución de López-Labourdette, se echará en falta a las narradoras, «excluidas de la masculinidad hegemónica del *boom*», como recuerda Pablo Sánchez –y no solo de él–, pero se apreciará en cambio su discreta presencia como teóricas. Al lado de Ana María Barrenechea, se han de mencionar a Beatriz Sarlo y a Josefina Ludmer.

Del otro lado del Atlántico, y como se había anticipado, son ante todo escritores e intelectuales franceses o de lengua francesa –antes que española– quienes se convierten en referentes y/ o interlocutores privilegiados de lxs latinoamericanxs –y de algunos españoles jóvenes–. Muchos de ellos son afines al estructuralismo, al postestructuralismo o al marxismo. Entre ellos, se puede mencionar a Ferdinand de Saussure, Émile Benveniste, Lévi-Strauss, Roland Barthes, Sartre...

España y lxs españolxs ocupan un lugar aparte en este volumen. De forma general, han dejado de ser punta del triángulo. Ahora bien, la convulsa historia española del siglo xx, es decir, la cruenta Guerra Civil y no menos violenta dictadura, con su millón de exiliados, seguida de la Transición, cuyo carácter modélico se ha visto puesto en tela de juicio, y la Guerra Fría, que no deja ni a España, ni a América Latina al margen, revelan el carácter simplificador de muchos análisis que soslayan a menudo esta complejidad y hablan de España y de lxs españolxs como si del Imperio de antaño o de un realidad unívoca se tratara. Según las épocas y lxs autorxs, España se convierte en *madrastra*, por decirlo, con la bellísima metáfora del conde don Julián goytisoleano, cuya sangre puede correr en las venas de los *criollxs*, *agradecidxs* o no. La pureza de su lengua, su cultismo –que llega a ser sinónima de agua estancada– se contrapone a la lengua viva, popular (González Muñiz) o a la lengua de los poetas modernos (también de los españoles) «constituidos por el lenguaje» (Hidalgo Nácher). Se celebra la hibridación lingüística o genérica de la literatura (Fernández Cobo) o se defiende la genuinidad de una cultura de origen popular, no la de las élites y de unos cuantos próceres (de Ípola). En esta nueva realidad, los españoles pueden ser o bien meras sombras de un pasado que ha dejado de ser propio (de Ípola) o que ha cedido el paso a la luz que viene de Francia (Fernández Cobo); o también convertirse en interlocutores privilegiados –será el caso de algunos representantes institucionales, como Amado Alonso, cuyo nombre se vincula con el Instituto de Filología de Buenos Aires, el Colegio de México

y la *Nueva Revista de Filología Hispánica* (González Muñiz), o de escritores, más o menos jóvenes, disidentes de la España franquista, y que se perciben y son percibidos como “nuevos” (Hidalgo Nácher)–; o bien, finalmente, en mediadores para acceder al mercado del libro de un mundo cada vez más globalizado (Hidalgo Nácher, Sánchez, Terrones).

Quienes comparan de forma más explícita procesos y movimientos a un lado y otro del Atlántico rehúyen del «optimismo típicamente ilustrado que tiende a proyectar su singular conciencia histórica a un conjunto abigarradamente diverso de existencias» para acogerse a la «simultaneidad de lo no simultáneo» y a la «estratificación de las capas temporales» de raigambre koselleckiana; a la asincronía de Didi-Huberman; o a la heterotopía foucauldiana. Es el caso de Sánchez, quien, en una lectura de carácter sistémico se interesa por la significación y el impacto del *boom* y el *postboom* en España y en América Latina entre 1972 y 1982 y de Fernández Cobo, quien, «junto con Piglia o desde él», incide en la labilidad de las modernidades, francesa y argentina. De la misma forma, Marcos Eymar nos invita a sortear la interpretación (simplista) de la *peregrina mors* como mero «síntoma de alienación poscolonial». «Expresión indudable de una dominación simbólica», nos descubre al revés «la dimensión utópica del entierro lejos de la patria». Una dimensión «que revierte y prolonga el sueño colonial de América como una tierra prometida donde fundar *ex nihilo* una sociedad ideal». Sea con Borges, sea con Barthes, sea con Joyce o finalmente con Piglia, las y los críticos privilegian los «estallidos de las cadenas significantes que conducen a sitios inesperados» –como dice González Muñiz–. Se abandonan así las oposiciones dicotómicas y jerarquizantes de centro/ periferia, barbarie/ civilización o superioridad/ inferioridad y se enfatiza el contacto, la inspiración, cuando no la influencia recíproca en un periodo, tan capital como lo fue el siglo xx, de redes y circulaciones de saberes.

Por lo que a los “acontecimientos” histórico-políticos se refiere, si la violencia de la conquista es recordada a través de la migración y la diáspora africanas (López-Labourdette); si la independencia de la metrópoli se hace presente a través del papel tutelar que ocupa Sarmiento como “fundador” de las letras argentinas, al que Pachó O’Donell, en su versión revisionista de la historiografía, preferiría quizá sustituir Juan Manuel de Rosas (de Ípola, Fernández Cobo), es indudablemente el exilio el que, en las demás contribuciones, se yergue como categoría conceptual e historiográfica para pensar bajo nueva luz el siglo xx, en particular en su faceta ibérica. El exilio –mejor dicho, *los exilios*– se declina como viaje, migración, diáspora, des- o *transtierro*. Los hay económicos, claro, y se han de contar entre ellos los desplazamientos semiobligados que deben permitir sortear el “provincialismo” del mercado de las letras (Terrones). Pero no cabe duda de que son los exilios políticos los que ocupan el primer plano: de los españoles que encontraron

asilo en América Latina al finalizar la Guerra Civil y durante la dictadura; de los latinoamericanos que, huyendo de la deriva represiva de sus países respectivos, encontraron a su vez en España, tierra de acogida. Hidalgo Nácher hace bien en recordar con Agamben que la categoría del exilio es «uno de los flancos que pone en crisis la noción de ciudadanía y de Estado de Derecho». Por ello, añade, «nos obliga a repensar la historiografía literaria». Pablo Sánchez, en cambio, no puede sino resignarse a dejar para otra ocasión la casuística del exilio latinoamericano en España, en particular, a partir de 1973. Es –dice– «una parte menos conocida de lo que podríamos llamar el archivo transicional y probablemente no ha tenido el estudio de conjunto que merece, similar a otros análisis de archivos transicionales como el de la contracultura».

La perspectiva transversal y transnacional que elegimos a la hora de concebir y armar este volumen, la invitación hecha a lxs participantes a prestar especial atención a la circulación de ideas y de saberes puede explicar el predominio –para nuestra mayor satisfacción, por qué negarlo– de contribuciones de carácter teórico o atentas a la faceta crítica de los autores tratados. Se habla de Borges crítico, de Bolaño ensayista, de Sánchez Robayna traductor, de Piglia lector e historiógrafo, etc. En términos bourdieuanos, declarados o no, ellos aparecen en general como *agentes* o actores de un *sistema institucional* llamado *Literatura*; sus *productos* circulan en un *mercado* –editorial, del libro– sometido a las tensiones y reglas del mercado capitalista.

Si intentamos entrelazar los hilos para formar un tejido más denso, se verá que las circulaciones de ideas y actores literarios es la inquietud que reúne las contribuciones de Carlos González Muñiz, Claudia Amigo Pino y Max Hidalgo Nácher. Mediante un acercamiento diacrónico que pone en paralelo diversas latitudes literarias, las tres contribuciones subrayan flujos que van más allá de lo estrictamente nacional para cristalizar dinámicas de intercambios que parten de las lecturas y traducciones para llegar a los préstamos e influencias, declaradas o solapadas, sin negligir las adaptaciones a escala transnacional.

Carlos González Muñiz en su artículo «De la filología hispánica a la teoría literaria latinoamericana: Amado Alonso y José Sazbón» aborda la recepción del *Cours de linguistique générale* de (1916) de Ferdinand de Saussure en América Latina, la cual se habría efectuado en dos tiempos, el primero (1945) de la mano de Amado Alonso, el segundo por intermedio de José Sazbón (1977). Más de tres décadas separan una traducción de otra, así como determinan el acercamiento en Hispanoamérica al estudio fundador de Saussure. Amado Alonso, filólogo español, defensor de la estilística idealista y subjetiva heredada de Vossler, traduce a un lingüista con quien no necesariamente está de acuerdo, pero del que aprecia la solidez teórica, necesaria para asentar «la cientificidad de los estudios literarios y, por

extensión, la legitimidad americana de sus empeños frente a la autoridad peninsular». Filósofo del lenguaje, José Sazbón, quien es capaz de compaginar marxismo militante y juegos de la ficción, filosofía política y estudios literarios –actitud poco habitual en el ámbito peninsular–, va más allá y entiende la «revolución teórica» que las ideas de Saussure «provocaron en la antropología, la psicología, la filosofía y no en la especificidad de las ciencias del lenguaje». La nueva traducción de Sazbón –con supresiones, añadidos y preliminares divulgativos– no solamente se sitúa tácitamente frente a la de Alonso, también aparece en un paisaje ya penetrado por la corriente post-estructuralista y el marxismo. La brecha que separa a los dos autores y sus respectivas traducciones define, pues, «dos épocas en la historia de la concepción del lenguaje, tanto en Europa como en Latinoamérica». Como se ve, en este contexto transatlántico las traducciones y los mediadores ocupan un lugar primordial. Si un mismo texto como el *Cours de linguistique* es susceptible de traducciones desde distintas orientaciones epistemológicas, eso también ocurre por la voluntad de superar los ascendientes de horizontes intelectuales como el español. En el caso de Argentina, Jorge Luis Borges encarnaría mejor que nadie esa función de bisagra entre uno y otro paradigma, como revela de mano maestra González Muñiz, quien escribe su trabajo bajo su inspiración.

Ahora bien, a lo largo del siglo xx, Jorge Luis Borges no es el único gran mediador en las relaciones transatlánticas. En su artículo «Roland Barthes para el bien o para el mal: visiones y conexiones de la crítica en Brasil, Argentina y Chile», Claudia Amigo Pino parece tomar el relevo ahí donde lo deja colgado González Muñiz. En efecto, la académica se interesa ya no tanto por la (doble) llegada de Ferdinand de Saussure a un campo en particular, como por un Roland Barthes que circula de manera singular –por distinta– entre los espacios letrados argentino, chileno y brasileño. Antes que contentarse con rastrear la circulación del pensador francés, lo cual en sí ya hubiese representado un valioso aporte, Amigo Pino propone servirse de su caso para entender diacrónica y comparativamente la manera en que la coyuntura sociopolítica junto con el contexto académico, sin negligir los recambios generacionales en las universidades, son determinantes en la recepción de un autor. Si bien Roland Barthes nunca estuvo en América del Sur, sus libros sí estuvieron entre Brasil, Argentina y Chile donde no solo fueron traducidos, sino que también fueron discutidos. Así, en Brasil, donde sus ideas aterrizaron entre los discípulos de Claude Lévi-Strauss y los seguidores de Antonio Candido –todos, de un modo o de otro, asociados a la Universidad de São Paulo–, inicialmente fue considerado un crítico de “derecha”. No obstante, gracias al trabajo de Leyla Perrone-Moisés y, posteriormente, Silviano Santiago, Roland Barthes conoce una segunda vida en una dinámica que recuerda la de Saussure en Argentina; es decir, una

dinámica que lo lleva de un extremo a otro. Por su parte, Argentina y Chile se encuentran relacionados, pues las ideas de Barthes fueron traducidas y difundidas por Héctor Schmucler, «estudiante argentino de Barthes y director de la revista *Los libros*». En función de los cambios políticos que llevaron de la democracia a la dictadura dentro de ambos campos letrados, Roland Barthes fue recibido y leído desde ángulos distintos. Esto último no debe ser entendido como resultado de la riqueza semántica de su obra sino de etapas a nivel regional marcadas por hiatos donde están estrechamente relacionados los marcos teóricos establecidos con los vaivenes sociopolíticos. Esto lleva a Amigo Pino a terminar formulando las conexiones barthesianas, cuando de recepción se trata, que no se quedarían ahí, sino que irían más lejos mediante las interconexiones entre Chile y Argentina, por un lado, o Argentina y Brasil, por el otro.

En la contribución «Galaxias y archipiélagos de la modernidad. Octavio Paz, Haroldo de Campos y la literatura española contemporánea» Max Hidalgo Nácher valoriza el trabajo archivístico, particularmente el efectuado a partir de los intercambios epistolares. Esto le permite evidenciar las comunicaciones y las dinámicas transatlánticas que atravesaron la vida literaria española de los años sesenta y setenta antes de volver a quedar estancadas, por lo menos en una historiografía española en demasía nacionalista y filológica. Al hilo de tres *escenas*, el crítico analiza y observa la forma en que el mexicano Octavio Paz y el brasileño Haroldo de Campos, nacidos respectivamente en 1914 y 1929, se convirtieron en interlocutores privilegiados de tres jóvenes españoles de la España franquista: Pere Gimferrer (1945), Julián Ríos (1941) y Sánchez Robayna (1952), siendo a la vez sus mentores y sus obligados. En efecto, con sus comentarios y sus traducciones, ellos les ayudarán a conquistar el mercado español. Al igual que González Muñiz, las pesquisas de Hidalgo Nácher le llevan a subrayar la apertura de los *agentes* letrados –dos poetas y un novelista– a la tradición europea y latinoamericana a la que no conciben estática y con la que interactúan de forma crítica. Dialogan con ellas «para desbordar el espacio crítico y literario establecido». Para Octavio Paz el «subjetivismo de la poesía española la vuelve verbosa y sentimental, imprecisa y sin rigor». Haroldo de Campo ve una genealogía latinoamericana en *Larva*, el libro más emblemático de Ríos, y Sánchez Robayna afirma que «no es posible hablar de España sin mirar hacia Hispanoamérica». Al hilo de tres escenas y de las páginas, se anuda un diálogo epistolar entre Paz, Levi-Strauss y Gimferrer, por un lado, entre Haroldo de Campo y Sánchez Robayna, por otro, que acaba siendo ilustración de las dos épocas de la historia del lenguaje de las que hablaba González Muñiz.

Sintomáticamente el artículo de Félix Terrones aborda la temática de los desplazamientos –entendidos como exilios y migraciones– y la manera en la que estos encuentran una inesperada forma en Roberto Bolaño, tal

como refleja el título de su reflexión: «Escrituras transnacionales del siglo XXI, exilios y migraciones en los ensayos de Roberto Bolaño». La contribución se aboca a reflexionar a partir de *A la intemperie*, compilación de ensayos del escritor chileno, transterrado en un pueblo balneario catalán, «periférico, marginal, casi sin contacto con el resto del mundo». Terrones examina cómo Bolaño articula en dichos ensayos una red de sentidos en torno a los exilios y las migraciones, términos que no conceptualiza como homologables. Al contrario, son *complementarios*, antes que nada porque el chileno primero se reconocería como exiliado y después como migrante, lo cual supone una sucesión de estadios que van más allá de lo puramente biográfico. En este sentido, apuntaría, a lo largo de su trayectoria, a acentuar las pasarelas estéticas, culturales y lingüísticas que «permiten cristalizar una cualidad transnacional de la literatura latinoamericana», en la cual esta última trascendería «oposiciones dicotómicas como centro-periferia o superioridad-inferioridad». De esta manera, el ensayista configura cartografías personales, en las cuales se interrogan diversas latitudes literarias desde la mirada irónica que desmonta ascendientes, así como recompone tradiciones y ciclos literarios. Si tras el fracaso de la revolución cubana, seguido años después por la caída del Muro de Berlín, la utopía política ya no sería factible –según observa aquí Pablo Sánchez–, otra forma de territorio imaginario y simbólico es posible, el de los circuitos transnacionales donde coinciden e interactúan diversos escritores (entre ellos Felisberto Hernández, Sergio Pitol, Horacio Castellanos Moya) por la mirada de quien los lee (Bolaño, y luego Terrones). Cuando se trata de las relaciones transatlánticas el ascendiente del espacio utópico que aglomera creativamente diversos horizontes no se detiene ahí. A partir de Michel Foucault, se distingue cierto tipo de «utopías efectivamente realizadas en las que los lugares reales, todos los demás lugares reales que pueden encontrarse dentro de la cultura, son a la vez representados, impugnados e invertidos» (Foucault 2001: 1574). A esas especiales utopías, el filósofo francés las denomina *heterotopías* y considera como tales a los espejos, las prisiones, los hospitales psiquiátricos y, desde luego, los cementerios. En este marco, no es una casualidad que Félix Terrones termine su artículo estableciendo un paralelo entre Roberto Bolaño y Jorge Luis Borges. Este nació en Argentina, pasó una parte de su infancia en Ginebra y su juventud en Madrid, regresó a Buenos Aires... antes de *traicionarla* al trasladarse de nuevo, poco antes de morir, a Ginebra, donde su cuerpo es enterrado.

En su artículo «De escritores y tumbas: el trasmundo transatlántico de Jorge Luis Borges, Julio Cortázar y Carlos Fuentes», Marcos Eymar subraya la importancia de esa heterotopía tan singular que son los cementerios para el caso de Jorge Luis Borges y, de manera más general, otras dos figuras contemporáneas como Carlos Fuentes y Julio Cortázar. Además de marcar



la renovada voluntad de los escritores latinoamericanos por ser enterrados lejos de sus patrias, en territorios donde se mezclan tiempos y espacios, sin olvidar el capital literario del territorio que los acoge, Eymar subraya la larga tradición de letrados que son enterrados allende el mar, una tradición que, para el caso hispanoamericano, remontaría a Bernardo de Balbuena (1562-1627). En el siglo xx, la tradición cambia de signo, en la medida en que se pasa del temor a ser enterrado afuera a la voluntad expresa de ser integrado en necrópolis extranjeras. Esto lleva a Marcos Eymar a subrayar que «la oposición entre la nación sudamericana, fatalmente excluyente y limitada, y una patria espiritual “más grande y hermosa” recuerda la descripción de la “república mundial de las letras” de Pascale Casanova. Se trata, por decirlo así, de la república de los cementerios parisinos y, por extensión europeos, donde el paso de los años ha cristalizado una riquísima lista de nombres provenientes de todas partes para compartir, después de muertos, la misma ciudad; o más bien, la misma heterotopía. En este punto, Marcos Eymar se cura en salud señalando que no «se trata solo de que el centro, de acuerdo con la jerarquía impuesta por la colonización, se sitúe en el Viejo Continente». En otras palabras, en lugar de ser la expresión del reconocimiento de centros y jerarquías, la decisión de ser enterrado afuera manifiesta la voluntad de contribuir al trazado de un territorio transnacional donde coexisten épocas, lenguas y tradiciones.

Antes que de muertos, quien habla de autores supone un paisaje literario sobre el cual estos se recortan y frente al que se posicionan por acción o reacción. Precisamente, a Pablo Sánchez le interesa abordar dicho paisaje a partir de un *corte cronológico* poco habitual: 1972-1982, que va más allá de un cambio de paradigma estético, lo que ilustra de forma convincente a través de un vaivén histórico que nos lleva de *una a otra orilla del Atlántico*. El año 1972 remite, aparentemente, de forma tan simbólica como unívoca, a la época que se cierra con la publicación de *Historia personal del “boom”*, ensayo del también chileno José Donoso. En cambio, el año 1982, no solo refiere a otra publicación, es decir, *La nueva voz de un continente. Literatura hispanoamericana contemporánea* de Joaquín Marco, sino que también remite a la transformación política y estética consecutiva «al triunfo arrollador de Felipe González, que abre la brecha histórica entre un *posboom*, el español, y otro, el latinoamericano». En «Posboom latinoamericano y transición democrática española: contrastes y correlaciones» Sánchez se consagra así a una doble iniciativa de valor heurístico y cultural: por un lado, interroga la noción de *posboom* latinoamericano en su relación con el glorioso precedente del *boom* e independientemente de este; por otro lado, subraya que en España hubo efectivamente un *posboom*, pese a que sea un periodo bastante menos conocido. Esta dinámica le lleva a contrastar de forma sugerente la evolución de los sistemas latinoamericano y español con el objetivo de de-

terminar la pérdida de la función política en la literatura y el progresivo ascendente ibérico en el mercado del libro. En otras palabras, recuperando sus formulaciones, la caída de la utopía social y política encarnada en la revolución cubana estaría estrechamente relacionada con la «normalización de la oferta y difusión más razonada del canon literario». Así, las nuevas propuestas literarias latinoamericanas no tendrían difusión continental por culpa del nuevo recorte editorial de talante ibérico a la vez que «la España expansionista de los años noventa impondrá sus nuevas reglas, controlando el mercado editorial latinoamericano». Esta pista editorial es el punto de llegada del artículo, pero son otras muchas las que podrán explorar los y las lectorxs. Ya hemos mencionado la casuística del exilio latinoamericano en España a partir del 1973. No resistimos la tentación de mencionar otra, que revela cuánta atención Pablo Sánchez presta a la política peninsular contemporánea que vive no solo al diapason europeo, sino también latinoamericano. Desde el título y las líneas iniciales de su trabajo, Sánchez recuerda cómo la Transición democrática ha experimentado una «estimulante renovación crítica en los últimos años, rompiendo agresivamente con el relato celebratorio dominante». Y va cerrando su trabajo sugiriendo que «la deriva represiva de América Latina (testimoniada una y otra vez por el drama de los exiliados) pudo funcionar como lección sobre la necesidad del posibilismo político para España, frente a los partidarios de cualquier tipo de ruptura revolucionaria». Como apuntábamos al inicio: los vínculos entre España y América Latina son y siguen siendo permanentes. Valdría la pena no olvidarlo a la hora de escribir una historia de las letras transatlánticas.

Más allá de lo que las separa en cuanto a autores y objeto de atención, Pacho O'Donnell, por un lado –es decir, un psiquiatra, historiador, político, divulgador revisionista que se dedica también a la literatura de ficción– y Ricardo Piglia, por otro –escritor de ficción por excelencia, ensayista y, a su manera, historiógrafo de la literatura argentina–, las contribuciones de Julia de Ípola y de Raquel Fernández Cobo se pueden ver como imágenes de dos acercamientos antagónicos a la historia y la cultura argentina. Las dos académicas prestan atención a facetas menos atendidas por la crítica. De Ípola quiere «interrogar el modo en que la literatura de ficción interactúa con la escritura de la historia en la producción de aquel “intelectual”». Y lo hace a través del pormenorizado análisis e interpretación de «Falucho» (1975), un cuento de fútbol –mejor dicho *fóbal*–, cuyo argumento se anticipa en alguna medida al deseo de la expresidenta de la República Argentina, Cristina Fernández de Kirchner, quien en 2010, con motivo del segundo centenario del 25 de mayo, anhelaba dar a los argentinos la fiesta popular que se merecían. Fernández Cobo, por su lado, examina cómo Piglia –después de Jorge Luis Borges, David Viñas y Josefina Ludmer– lee a Sarmiento y se (re)apropia de él, situando la obra y el proyecto político-literario de quien no fue «his-

toriador, ni literato propiamente hablando», sino «político, crítico social y presidente de la nación argentina» durante seis años (1868-1875), en el origen de la *historia de la literatura argentina*. En ambas lecturas, se puede observar cómo la ruptura del cordón umbilical que vinculaba colonia y metrópoli abre las puertas a la posibilidad de un nuevo relato, de una nueva historia. Es decir, ambos casos son propuestas de índole historiográfica. El relato de O'Donnell, tanto histórico como ficticio, de marcado carácter revisionista, «aboga por una historia nacional y popular, en línea con el discurso anti-élite, o “populista”, del peronismo y del kirchnerismo». En «Falucho» este relato cobra visibilidad a través de imágenes, símbolos y alusiones. Además de referencias claras a la fecha patria, y el origen humilde del protagonista, aparece el nombre de Perón en recortes de periódicos, el fútbol es «un deporte popular y democrático» y la cancha desmonta «la verticalidad que rige la separación entre las élites y el pueblo». Finalmente, más que los españoles, son los ingleses quienes se yerguen en verdaderos antagonistas de la «gesta rosista», prócer que suscita la admiración de O'Donnell. La operación crítica pigliana recogida en el seminario sobre *Las tres vanguardias* que el escritor lector impartió en Buenos Aires ha de leerse a contrapelo de la propuesta historiográfica que brindan Salvador y Rodríguez en su hegemónica *Introducción al estudio de la literatura hispanoamericana* donde se vislumbran tres tiempos y etapas desiguales de la modernidad yendo de Sarmiento a la globalización (años 1980 en adelante) pasando por el boom (años 1960-1980). En una operación metonímica genial, Piglia sitúa a Sarmiento nada menos que frente a Gustave Flaubert y lo presenta como alternativa a la modernidad “universal” –entiéndase francesa–. Es más, el proceso de independencia «marca el inicio de una modernidad en la que el sello particular será el *hombre deshistorizado* que busca en la heterogeneidad de los discursos construir una identidad propia». En su seminario, Piglia ofrece también tres modernidades, las tres argentinas. Al género híbrido y plurilingüe que nace con el letrado Sarmiento que compagina *civilización y barbarie*, seguirán, a partir de los años 1920-1930, las obras de Macedonio Fernández y de Jorge Luis Borges, que, llegados los 1980 serán reconocidos como emblemas de la segunda modernidad. A partir de ellos, «la literatura argentina se encuentra por primera vez en sincronía con las grandes literaturas» –escribe Fernández Cobo, quien recoge la ya mencionada aspiración pigliana de ser «contemporáneo de nuestros contemporáneos». La tercera vanguardia se daría con los tres autores objeto del seminario: Saer, Puig y Arlt –contemporáneos del propio Piglia que posiblemente forma el cuarto ángulo del cuadrado–. Es difícil saber dónde estamos hoy. Pero Fernández Cobo no tiene la menor duda de que desde los años 1980 y 1990, la sombra de Piglia se proyecta en las lecturas muy recientes de Martín Kohan, Julio Premat o José Manuel González Álvarez –y obviamente en la de quien, desde el umbral de su tex-

to, declara leer «junto con Piglia o desde Piglia»– como antes José Sazbon y luego González Muñiz confesaban leer desde Borges.

Hemos llegado al final, es decir, al principio. Porque ni el pasado ni el presente transnacional de España e Hispanoamérica serían lo que son sin contar con las travesías de barcos negreros que marcaron un vaivén constante entre un lado y otro del Atlántico. Pese a que, como lo señala Adriana López-Labourdette, exista una «tendencia general a sacar a África y la trata esclavista del mapa hispánico de las migraciones transatlánticas». Consciente de dicha tendencia, sintomática en su silenciamiento dentro de los estudios literarios, López-Labourdette analiza las representaciones literarias contemporáneas de tres barcos negreros: *Jonatás y Manuela* de Luz Argentina Chiriboga (1994), *La ceiba de la memoria* de Roberto Burgos Cantor (2009) y *las Negras* de Yolanda Arroyo Pizarro (2012). Partiendo de la premisa de la voluntad del recuerdo, lo cual llevaría a una inquietud literaria expresada desde la postmemoria, López-Labourdette reflexiona en torno al recuerdo ficcionalizado de la travesía, junto con los alcances que desde la ficción plantea. Aquí adquiere una importancia particular el barco como espacio transatlántico donde se desplazan objetos y sujetos desarraigados pero destinados a participar en el proceso transculturador (latino)americano. En su relación con los barcos, los personajes femeninos de las tres novelas participan de dinámicas impugnadoras de la Historia (*Jonatás y Manuela*), cuando no interactúan a partir de una polifonía novelesca en la que se conjuga realidad histórica con ficción (*La ceiba de la memoria*) o encarnan la rebeldía de las mujeres esclavizadas en Puerto Rico (*las Negras*). Así, López-Labourdette resalta una riqueza temática y formal propia a las tres novelas sin descuidar lo que sería «una perspectiva transnacional y diaspórica, al tiempo que la rearticula a partir de la agentividad de la mujer esclavizada y la alianza femenina». Valorizando los imaginarios de la esclavitud Adriana López-Labourdette no solo resalta las representaciones femeninas sino que también, ya considerando su contribución en el conjunto del volumen, cierra abriendo la reflexión hacia temáticas imposterables si se quiere completar el cuadro transatlántico, tan dinámico como complejo.

Además de este dossier monográfico, en la sección *Varia* se recogen tres contribuciones de académicas y académico que cruzan, tan alegres como los primeros, el Atlántico y prestan atención a los géneros novelesco y teatral en América Latina tanto en México como en Argentina.

En «Más allá de la inmediatez de los sentidos: un acercamiento a la obra de Fernanda Melchor», Sophie Marty comienza por resaltar un desfase sintomático entre, por un lado, la recepción internacional de la obra de Fernanda Melchor y, por el otro, su derrotero en el espacio literario mexicano. Así, si para muchos la obra de Fernanda Melchor se inicia con la internacionalmente aclamada *Temporada de huracanas*, Sophie Marty propone que

no solo se estaría omitiendo una parte significativa de su obra por carecer de traducción al inglés, sino que en esta ya se encontraría presente la inquietud acerca de las corporalidades. Partiendo, pues, de este desfase entre las lecturas internacionales, desconocedoras del conjunto de su obra, y otras más locales, Marty analiza *Falsa liebre*, primera novela de Fernanda Melchor, desde el prisma de las corporalidades escenificadas, temática por lo demás característica en la ficción de la mexicana. Esto lleva a Marty a plantear una reflexión que va de la representación de la percepción a la escenificación literaria de la violencia, pasando por el diálogo transgenérico entre la novela y la crónica periodística. Así, a múltiples niveles, que van de la representación a lo genérico, sin descuidar lo diegético, estaríamos frente a corporalidades de marcada reflexividad «transgenérica e intermedial». La reflexión de Sophie Marty no solo subraya la presencia de temáticas, modalidades narrativas, sin olvidar la sensibilidad, en las obras tempranas de Fernanda Melchor, sino que también muestra la inquietud de la autora en interrogar y dialogar con verdaderos configuradores populares de lo violento como vendrían a ser las crónicas policiales del periodismo. Así se pone de manifiesto una compleja e intrincada indagación de lo corporal en la obra de Fernanda Melchor.

La contribución de Martín Lombardo nos regresa al área rioplatense, con una reflexión dedicada a la novelística de Eduardo Berti a partir del prisma de las circulaciones de historias y saberes en *La sombra del púgil* (2008) y *Un padre extranjero* (2016), dos de las más aclamadas novelas del argentino. Articulando los planteamientos de Ricardo Piglia con los de Walter Benjamin, Lombardo se interroga acerca de la manera en la que se configuraría el conocimiento, así como su contraparte, es decir, los secretos y cierta forma de incertidumbre. Pese a las diferencias estéticas evidentes, para Lombardo, ambas novelas pueden ser relacionadas precisamente en función de lo que sería la voluntad de saber movilizada por los personajes, siempre vinculada con historias familiares. Se trata, y aquí Lombardo sigue a Walter Benjamin, de historias que se caracterizarían no tanto por ser definitivas ni unívocas, sino por su dinamismo, su capacidad para circular. Relatos imbricados en otros relatos, relatos que se multiplican adentro de las novelas, en las ficciones de Berti la circulación apunta a la imposibilidad de saber a ciencia cierta y a la incesante necesidad de acosar el o los misterios que se cierran a la consciencia. Precisamente, el secreto y los misterios ocupan el momento final de su reflexión pues ambas instancias se despliegan en «esta tensión entre lo familiar y lo extranjero, entre lo íntimo y lo ajeno». Desvelando algunos aspectos diegéticos de los silencios y el misterio, Lombardo caracteriza una literatura cuya fuerza radica en la capacidad para llevar a la novela toda la complejidad inherente al deseo de saber. Así, consideramos que Lombardo apunta a un aspecto que, si consideramos la novelística más

reciente de Eduardo Berti, como *Faster* (2019) y *Un hijo extranjero* (2022), ha terminado adquiriendo un espesor particular dentro de su poética.

Este volumen que traza una cartografía letrada y literaria de múltiples desplazamientos en el ámbito hispanoamericano se cierra con el artículo de Cristina Mondragón. Titulado «Teatro mágico, teatro fantástico: tres piezas de Hugo Arguelles», en él la autora visibiliza el desplazamiento de lo maravilloso a lo fantástico en el teatro de dicho dramaturgo, que va de *Los amores criminales de las vampiras Morales* a *El gran inquisidor*, pasando por *La esfinge de las maravillas*, incluidas las tres en *Obras completas* (1994). Partiendo de la dificultad de poder discernir los rasgos fantásticos en una pieza teatral, a diferencia de lo que ocurre en la narrativa, Mondragón propone analizar el «mundo representado» que se expresa teatralmente en la composición escenográfica. En esta los objetos fantásticos cumplirían un papel especial, ya sea como parte del decorado o ya, más bien, como disparadores de diversos conflictos. De ahí el interés en detenerse en los objetos mágicos para poder analizar *Los amores criminales de las vampiras Morales* y *La esfinge de las maravillas* a la vez que develar la cualidad limítrofe, entre lo maravilloso y fantástico, en la estética de ambas. Ahora bien, esta inserción no se cumple en *El gran inquisidor. Auto profano* donde, valiéndose, de estrategias metateatrales, Arguelles enfatiza ahí «la incertidumbre propia del modo fantástico». El análisis sucesivo de tres obras, en las cuales se pone de relieve la reflexión acerca de los espacios pero también el lenguaje (indicaciones escénicas y diálogos en particular), permite discernir la complejidad de la propuesta de Arguelles, así como su singularidad en el ámbito hispanoamericano.

## Bibliografía

Foucault, Michel (2001). *Dits et écrits II, 1976-1988*, París, Gallimard.